Verso&Cuento

Roma ardiendo y tú bailando

MIGUEL GANE



Roma ardiendo y tú bailando

Miguel Gane

AGUILAR

A mi madre

Para ti, porque sigues siendo esa niña que miraba al cielo creyendo que cuando fuese adulta sería un pájaro

Yo te llevo dentro, hasta la raíz. Y por más que crezcas vas a estar aquí.

NATALIA LAFOURCADE

Este es el libro de todas las personas que han caído y se han levantado, de aquellas que han conseguido bailar más allá del miedo, de las que, cuando todo estaba quemándose a su alrededor, encontraron un motivo para brillar más fuerte que el fuego. *Roma ardiendo y tú bailando* es el hogar de la esperanza, de los lugares de la vida en los que, a pesar de la oscuridad, se consigue mirar hacia un horizonte, hacia el túnel de salida.

Diablos azules

Ya no eres el de antes.

Ya no tienes hambre de poesía a todas horas
ni pierdes las noches en busca de una mancha
de carmín en la camisa.
Has perdido la frescura
y tu novedad ya no es tan nueva,
y la sensación de invencible
apenas hace acto de presencia.
En qué te has transformado,
dónde está tu palabra
que decía sin filtrar,
que prendía sin mechero,
que te hacía el poeta de moda
del movimiento
y por la que a tu alrededor volaban pájaros
con las alas abiertas.
Dónde están ahora esos aviones
y por qué siempre se van tus pasajeros.
Has dejado de escarbarte entre las tripas,
piensas tanto
cada verso que escribes

que rechazas el impulso,
que contienes el vómito,
que reniegas a la inocencia,
has perdido el ingrediente;
todo aquello que te hizo único.
Ya no estás de moda entre las influencers
ni comparten tus poemas en la prensa rosa
—te hacía gracia, ¿recuerdas?—.
Ahora dibujas al milímetro
y parece mentira que hayas vendido
tu alma al diablo
con tal de sobrevivir unos años más.
En qué clase de poeta
te has convertido, Miguel Gane.

Solo Roma puede salvarte.

Fontana di Trevi

El agua se tiñe de rojo.
Los turistas braman asombrados,
furiosos. Cómo me atrevo
a ensuciar su monumento.
Algunos quieren abalanzarse sobre mí,
pero no pueden,
no deben.
No saben
si estoy loca
o simplemente tengo algo que decir.
Tampoco conocen la diferencia.
No quieren
que mi sangre dañe la fuente
en la que dejan sus deseos,
sus esperanzas de amar.
No quieren que mi sangre
forme parte de su historia.
Pero no entienden el lenguaje:
Roma no está muriendo,
justo en ese instante,

Roma está naciendo.

EN ESTE LIBRO,
ROMA VA A ACEPTAR
QUE LAS COSAS MALAS
QUE LE HAN PASADO
NO VOLVERÁN
A REPETIRSE
JAMÁS.

La promesa

Mi herida es una grieta,
pero mi grieta es mi hogar.
Algún día, a mi hogar
le crecerán las raíces
que luego serán un árbol,
y junto al árbol surgirá una casa
que, a su vez, dará lugar a otra casa,
y de ellas
nacerá una ciudad
a la que llamaré bondad,
a la que llamaré luz,
a la que llamaré esperanza,
a la que llamaré fortaleza.
Y cuando todo haya sucedido,
cuando vuelvan a sostenerme
los cimientos y las raíces
y sea definitivamente yo,
me prometo
no volver a permitir
que se pise mi suelo para ensuciarlo,
que se entre a mi casa para ocuparla,
que se riegue mi árbol hasta ahogarlo.

Me prometo
que la herida nunca más
será mi hogar.

Idús de marzo

¡Cuídate de los idus de marzo!

Julio César,
SHAKESPEARE

Quién eres.
Por qué no me has enseñado
la espada desde el principio.
Por qué te has ocultado bajo otra capa
si tienes la naturaleza del lobo.
Me pusiste delante
un pastel y lo mordí
como si fuera la primera vez en mi vida
que estaba ante algo tan dulce dulce dulce.
Qué hago ahora con este veneno.
Qué hago ahora con las promesas
que son como cachorros
alimentándose de mí,
desgastándome la sangre.
Lo sé. Ya sé.
No te mostraste desde el principio
porque te dio miedo,

porque te dio vergüenza.
Quién va a querer meter en su cama
a un animal salvaje, pensarías.
Por qué tuve que ser yo la presa.
No te lo pregunto a ti
sino a mí misma.
Cómo es que estuve tan ciega.
Acaso no sentí una lluvia sin erizar,
acaso no sospeché nada
tras la primera bala perdida
en la pared.
Por qué no me dijiste
que tú nunca eres de morir
sino de matar.
Si tú eres bueno con todos.
Si tú eres el primero en saltar,
por los amigos, por la familia.
Si tú solo usas las manos para arreglar,
para ordenar,
para cuidar.
¿Fue un abrazo o fue una jaula?
Quién eres
y en qué me has convertido.

Pobre Roma

Pobre Roma,
que no tiene rascacielos,
que no puede tocar las nubes con las manos.
Pobre Roma,
con sus calles sucias
y desordenadas.
Pobre Roma,
que no tiene Central Park,
que no conoce la Gran Vía.
Pobre Roma, pobre Roma,
que no tiene *startups*,
no es sostenible ni moderna,
ni es vanguardista.
Pobre Roma, cuánto le falta
para ser otra,
para parecerse a mí.

Los amantes de Magritte

Sal de ahí.

Abandona esa casa
donde ya no eres tú.

Aunque esté lleno de flores,
un cementerio nunca será hogar.

Trata de agarrarte al primer clavo,
aunque esté ardiendo,
no importa:

sabrás qué hacer
cuando tengas el fuego
entre las manos.

Pero abandona ese pozo,
porque la humedad gasta los huesos,
porque la tiniebla apaga la mirada.

Desprenderse de lo que duele
es aceptar la herida,
no huir de ella.

Más allá te esperan otros cuerpos,
otros labios para besar,
otras manos para acurrucarte.

Sal de ahí
y vuela libre.

No puedes habitar el dolor
de la misma forma que se habita la ternura.

No te puedes acostumbrar
a la oscuridad teniendo fuera
tanto por aprender,
tanto por vivir.

Aunque sean
eternos, jóvenes y bellos,

nunca se besaron los amantes
de Magritte

Todos te queremos

Todo se derrumbaba a mi alrededor:

los edificios enteros caían como niños que pierden el equilibrio,
los árboles se desgarraban como las páginas de un periódico,
las estatuas se convertían en polvo con tan solo mirarlas.

No importaba su historia,
no importaban sus cimientos;
todo se caía
como lágrimas sin peso.

Yo estaba parada en medio,
inmóvil frente
a la catástrofe.

Como un piano
en la guerra.

Pero nada conseguía alcanzarme,
nada conseguía tocarme,

como siempre pasa con la música,
aunque no suene.

De repente todo se paró,
como los motores de una máquina
que se apaga tras la jornada.

Y luego llegó el silencio
—un silencio tan atroz como la muerte
de una madre—,
y la despedida
—una despedida tan triste
como la infancia sin juguetes—,
y el dolor de todo
lo que pudimos amar
si la ciudad hubiera seguido en pie.

Enseguida llegaron mis seres queridos,
como aves angustiadas que alcanzan el nido
creyendo haber perdido a su cría
después de la tormenta.

Y me hablaron con voz quieta,
con ternura, mientras
mimaban al miedo que había sentido,
mientras evaluaban cuánto de mí
quedaba vivo,
y me decían *tranquila*
no pasa nada
todo saldrá bien

todos te queremos.

Una familia

De vosotros aprendí el sacrificio:

nunca tuvo tanto sentido el pan
como cuando os lo quitasteis de la boca
para dármelo.

Consolidar la piel

Primero tengo que estar bien
conmigo misma;
antes debo ordenar mis calles
y limpiar las aceras
de todos mis derribos,
recoger los restos
y construir un nuevo cementerio.

Primero debo estar bien.

Debo aceptar los días malos.
Debo aceptar que,
aunque ya no sigo cayendo,
no me he recuperado del golpe
todavía,

que, aunque dé señales de vida,
el corazón sigue sin bombear lo suficiente,

que hay que dejar
que se despeje el polvo del ambiente,

que se disipe
la humareda de mi siniestro.

Pronto vendrá el instante cálido,
el goce,
los homenajes,
las celebraciones.
Pero antes
debo aceptar esta derrota
y debo buscar ayuda,

reforzar cimientos,
consolidar la piel,
y, sobre todo, amar la paciencia
de mi proceso,

porque Roma
no se hizo en un día.

El penúltimo poema de amor del mundo

Tu nombre surge,
tímido
—beso urgente en la noche,
luz en la memoria,
cementerio—.

Pronunciarlo
es llevarte flores a la tumba.

Limpieza

Me he quitado la ropa.
Desnuda, en el frío,
abrí el paso del agua.
Mi pelo estaba lleno de polvo,
mis uñas tenían tierra incrustada.
Me dolían las rodillas
y las caderas y los pechos.
Los pies estaban helados.
Me metí en la ducha
con la lentitud de la hormiga,
pero la firmeza de la leona.
Sentí el tacto caliente del agua
en la carne, como si fuera una bomba
estallando sobre mi cuerpo.
Los restos de mi destrucción.
Todo aquello que había sufrido
se hundía en el sumidero
como un grano de trigo
en la boca.
Cómo he llegado hasta aquí.
Cómo he dejado que la suciedad
me ocupe de esta manera.

Por qué tuve que hundirme
para aprender a naufragar.
Metí mis manos en el pelo
—enredado, duro, seco—,
y lo froté con fuerza
sin hacerle caso al dolor.
Luego,
mi palma derecha recorrió
mi brazo izquierdo.
Los restos de quien fui.
Luego,
las dos manos me limpiaron
los senos.
Hembra sobre los restos.
La tierra abandonaba mis uñas
y las uñas de todas las mujeres
que han crecido en mí.
Cerré los ojos, me ardían las cuencas.
Sobre una memoria oscura
reproducían una película
conmigo de protagonista.
Me froté la cara
como si fuera un ritual.
Cuando ya estuve limpia,
salí del crematorio. Había vapor
y no me pude ver en el espejo
más clara, más humana.
En otros tiempos se escuchaba música
al otro lado del agua, ahora nada.
Limpiar mi cuerpo

fue confirmar la voluntad
de no seguir hundida.

Negro negro negro

Me cuesta decirte lo que me pasa,

exponerme al canto de los pájaros,
al fragor del trueno,

soltar el dolor por la boca
como si fuera un pez lejos del agua.

Me cuesta mostrarme
de esta manera.

Y almaceno en mí
la pena y la tristeza,
como un insecto que cuida su nido
sin ser consciente del peligro
de la marea.

Y me hundo en este hueco
negro negro negro

donde el demonio me invita
a todo el vino del mundo,
a todas las posibilidades del mundo.

Y hablo conmigo misma
lo que no me atrevo a decirte a ti,
lo que no puedo decirte a ti,
lo que me avergüenza decirte a ti.

Y alimento la rabia
mientras me frustro
por no saber macerar la palabra,
porque me cerca este grito,

porque siento que no hay canciones
que canten aquello
que me gustaría contarte.

Y estoy sola,
cada vez más acurrucada,
estrangulada por la mano invisible
—que también es mía—,
y me siento indefensa
ante el monstruo

que se va haciendo más
y más y más grande
y me va devorando
como a un cadáver.

Sálvame.
Solo tú puedes hacerlo.

Pregúntame
qué me pasa.

Silvestre

Cuando llegue un nuevo amor
mi casa olerá a leña y a café.
Mi casa tendrá flores vivas
en los jarrones;
las sábanas, pulcras,
estarán extendidas
y habrá un gran ventanal
por el que entrará la luz de primavera
como si fuese un milagro.
Tendré los libros sin polvo
y las plantas tendrán hijos,
porque cuando llegue el nuevo amor
yo ya seré otra,
yo ya seré aquella
que sabe a coco recién abierto,
que tiene el tacto de la hierba
fresca
y el contorno de una duna.
Yo ya seré otra,
porque también lo será esta casa,
donde, junto a ese nuevo amor,
creceré más ceremoniosa, más silvestre.

Y habrá otros recuerdos en mi armario
y se actualizará mi nombre
en otra boca;
alguien me llamará amor
mientras el tacto de sus manos en mi espalda
me marquen como la primera huella
en la Luna.
Y en las paredes de esta nueva casa
no habrá lugar para las pinturas
que retraten las guerras
que perdí.

Nosotros

Te juro que quiero quererte, Roma.
Que quiero que la vida nos encuentre
juntos cada vez que busque a alguien
a quien enfrentar.
Que sigamos construyendo
mi carrera de poeta
hasta el día en el que me muera.
Que tú seas mi única musa.
Que venzamos al puto miedo,
al puto síndrome del impostor.
Que nos creamos
cada cosa bonita que nos pase.
Te juro que quiero quererte,
pero antes debemos estar bien;
antes debemos estar
bien.

Una montaña en el pelo

A Cecilia Suárez

Eres demasiada mujer.

Pesa sobre ti
la tierra agrietada de las cicatrices,
la tela descosida
del pecho que ama a corazón abierto,
la voz sedienta
del oasis en el desierto.

Habita en ti la ternura exacta
con la que resuelves
los planes improvisados de la vida,

la pasión exorbitante
de ser luz para el foco destrozado.

Eres demasiada mujer.

Te has construido
con el alma de un país nuevo;
te has restaurado con la melancolía

de un imperio lleno de gloria.

Tú sola has crecido tanto
que te han salido montañas
en el pelo.

Eres mucha mujer:
oceánica inmarcesible poética.

Tan solo con mirarte
basta para entender
las batallas que has librado,
los cuerpos que has transitado,
los silencios que has gritado.

Eres demasiada mujer:

jamás podrá vencerte
el miedo.

Cuidarme

Se me acaba el tiempo de esperarte.

Se me apaga el fuego,
se me seca el río,

y se me desgasta la huella
en la piel que habitaste.

Tu olor se desvanece
como el metro que se adentra en el túnel
para siempre.

Se me acaba el tiempo de esperarte.

Como un recuerdo de la infancia
o la voz de un abuelo,
te vas borrando, poco a poco,
en la memoria.

Desaparece el futuro que inventamos
y, como si fuera de otra vida,
ya no reconozco la pasión
ni el deseo incumplido.

Se me acaba el tiempo de esperarte.

Como una fuente
que está a punto de secarse
o un verano que perece, lento,
bajo la lluvia helada del otoño.

Tal vez deba aceptar
que, al fin, te has ido,
deba centrarme en buscar
otros caminos,

deba comenzar el ciclo, reencontrarme

y deba cuidarme como cuidé
todo este tiempo que nunca me cansé

de esperarte.

Me hago una herida
y uso los labios para curarme.

Eso es el amor:
besarme donde más me duele.

Espejo

Sé que ocultas cicatrices en tu cuerpo,
porque yo también lo hago en el mío.

Conozco esos ojos caídos
que buscan y rebuscan —sin encontrar—
un lugar que los haga levantarse.

También reconozco ese andar pesado
que se dirige hacia ningún lado
porque sabe que debe caminar
hacia alguna parte.

Distingo los hombros caídos
de quien ha cargado demasiado
con el hastío.

Sé cómo eres por dentro
porque a mí también me crearon
las mismas manos
que luego quisieron destruirme.

Conozco bien a esa niña herida,
pues en el patio de mi colegio
tampoco había sitio para mí.

Yo también fui tú.

Yo también soy tú.

Yo también me crie en ese infierno.

Y la luz que necesitas ver
al otro lado del túnel
solo tiene un nombre:

amor.

Nadie como yo me merezco

Sus ojos me admiran,
son *voyeurs*
en busca de aquello que me hace especial:
el arte que hay entre mis ruinas.
Hombres y mujeres
pisan mis calles
dirigiéndose hacia mi centro,
hacia mis fuentes y mis monumentos,
sacan sus teléfonos
y los veo fotografiarse, indiferentes,
sin pensar que por estas venas
también corrió la sangre
y el quejido,
sin ser conscientes de que en estos ojos
habitan diluvios que solo yo conozco.
Si escarbaran bajo los adoquines,
si ensuciaran sus manos por un momento,
descubrirían mi plexo
y verían que también soy eso,
que mi oro, más que el que reluce
es el que se oculta,
que fui imperio

pero también soy dolor.
Qué querrán de mí,
qué esperarán de mí,
quién quieren que sea
y cómo debo mostrarme ante ellos.
Son pocos los que van más allá,
son pocos los que encuentran mi verdad.
Pero al cabo de unos días
se marchan a sus hogares
y me dejan con mi soledad,
y me siento como una amante
abandonada a su suerte.
Se llevan con ellos
los recuerdos que también son míos
y sé que hablarán de mí
con otros hombres y mujeres,
pero no lo harán como yo quiero,
no dirán las palabras
que a mí me gustaría que dijeran,
porque yo tengo la certeza,
yo sé que, en el fondo,
todos me quieren
pero nadie como yo merezco.

Conversación

—Roma, ¿no estás cansada de ser eterna?

—Sí.

Si dejaste de quererme

Si dejaste de quererme,
no me retengas.

Si dejaste de quererme,
libera el espacio
que hay entre nuestros cuerpos
y deja que sane mi memoria.

Si sientes que llegó
el final de nuestra historia,
es tu deber cerrar el libro;
aunque vayas a pillarme las manos,
aunque vayas a dejarme
con el sabor de la derrota en la boca.

Si has dejado de quererme,
ya no merece la pena
que te quedes aquí.

Hazme las maletas,
que yo buscaré la puerta.

No quiero vivir dentro de una casa
que uno de los dos

ha dejado de llamar «hogar».

Si dejaste de quererme,
no esperes:

el amor es un viaje
que nunca se vive dos veces
de la misma manera.

Si dejaste de quererme,
abandona esta tierra
y déjala que se vuelva salvaje, indómita,

porque pronto volverán a nacerle flores
y me convertiré en otro jardín.

Si dejaste de quererme,
no alargues más la despedida
y vete:

no hay mejor adiós que aquel
que llega a tiempo.

Apunta :

solo se reconoce a la pesadilla
al despertar del sueño.

Una niña

La voz habla dentro de mí,
es cálida y tierna,
me cuenta cosas con palabras
que no descifro,
aunque sé lo que significan.

La pequeña voz me habla
sobre la muñeca rota de la infancia,
sobre el lazo amarillo en el pelo,
sobre los charcos que saltamos juntas,
sin miedo a que nadie
nos reprimiera.

Me habla sobre su primer deseo,
sobre el camino matemático
que trazó con sus primeros años,
tras sus primeros sueños;
sobre aquello
que comenzó a abrasarle por dentro
desde que tuvo conciencia;

sobre su primer amor.

Pero yo no puedo contestarle,
aunque me sienta bien escucharla;
me sienta como si llevara puesto
el mejor vestido del mundo.

Me retiene un peso anónimo
y no puedo decirle ni siquiera
que lo siento,

que siento haber permitido
el derrumbe,
la soledad,
la miseria,

que siento no haber sido más valiente,
que siento haberme olvidado de ella,
no haber seguido el camino matemático
de sus primeros sueños;

haberme olvidado
de su primer amor.

Pero, aunque no diga nada,
esa pequeña voz lo sabe,
es consciente de que nunca quise hacerle daño,
de que traté de hacerlo lo mejor que pude,
lo mejor que me dejaron,

porque esa niña soy yo,
porque esa voz soy yo,

y me perdona

y me perdona
y me perdona.

No fue un derrumbamiento,
fue una detonación.

El día que comenzó la guerra

El día que comenzó la guerra,
nosotros estábamos haciendo el amor
en nuestro piso alquilado de Madrid.
No nos importó demasiado que,
al otro lado del mundo
—es decir, más allá de nuestra puerta—,
estuvieran cayendo bombas y drones
y la gente comenzase a huir horrorizada
por los impactos de sus explosiones
en los cuerpos.
Seguimos haciendo el amor,
manteniendo viva la esperanza
en sesenta metros cuadrados,
impasibles a las guerras
que seguíamos a través de las redes
o de los documentales de Movistar+.
Hacíamos el amor
como salvajes o como santos;
lento o fuerte, pero siempre perennes;
lo hacíamos en todas partes,
hasta quedarnos ciegos,
agotados,

y dormirnos tumbados
en el fumadero de opio
de ese piso alquilado de Madrid.
Nosotros no quisimos saber nada de la guerra
más allá de los arañazos de mi espalda,
de los tirones de pelo o de los sofocos,
de las palabras furiosas que nos ponían a cien
porque rozaban el delito.
Creamos nuestro propio universo
en el que la calle solo era el camino para conseguir
el pan y un poco de jamón de york y queso gouda.
Nos daba igual la guerra,
nos daba igual la muerte,
no fuimos a manifestarnos por la paz
porque ignorábamos lo que era la paz.
El día que comenzó la guerra
Roma y yo estábamos haciendo el amor
en nuestro piso alquilado de sesenta metros cuadrados,
y no sé qué vamos a hacer ahora,
cuando las bombas caigan también
sobre Madrid.

Hierba peinada por el viento

Quiero calma.

Quiero la calma de la hierba
peinada por el viento
en un día soleado;

la calma del mar cuando atardece.

Quiero la paz con la que pasan las horas
sin pedir nada a cambio;

la paz que se siente al despertar
y percibir el calor
de un cuerpo al lado.

Ansío la tranquilidad
de quien duerme sin temor,
sin deberle nada a nadie;

la tranquilidad de ser domingo
por la tarde.

Quiero días de calma,
días sin nombre ni apellidos,

encontrarme saciada de deseos,
plena en mi silencio,

disfrutar de mí
como si yo fuera mi sueño cumplido,
como si este fuera el final
de mi propia guerra.

Quiero la calma de vegetar la cumbre
tras el ascenso
más largo de mi vida;

moverme sin peso, ligera,
y no desear ser otra,
ni desear haber hecho las cosas
de otra manera.

Quiero calma
para reconstruirme
a partir de mis restos,

para volver a ser
mi propio imperio.

No eres tan libre
si mi libertad te hace daño.

Cariátide

Ya no puedo salvarte.

Ya no tengo fuerzas para tirarme al mar
y cargarte hasta la costa.

Ya no puedo fingir
que no pasa nada,

que porque ahora esté apagado,
nunca existió el incendio.

Yo no quiero hundirme
para sacarte del fondo del pozo,
ni limpiarte el rostro
ni curarte las grietas

ni decirte que todo irá bien
mientras yo esté ahí.

Ya no quiero estar ahí,
ser tu llamada de emergencia,
tu petición de auxilio,

dejarme engañar

por tu falsa mirada de lástima.

¿Para qué voy a salvarte de nuevo
si siempre caes en tus precipicios,
si tú no sabes vivir fuera del desasosiego,

si tu sangre solo hierve
cuando pierdes el equilibrio?

El problema es que
siempre que prometes que vas a cambiar
acabas por cambiarme a mí.

A partir de ahora te destierro,
a partir de ahora no vuelvas a llamarme,

que yo también quiero ser mi ancla,
que yo también quiero ser mi cariátide,
mi mano amiga

y mi salvación.

Recaída

El tiempo cura,

pero algunos días
sigo besándome la herida
para ver si aún sabe a ti.

Boca della verità

Si metes la mano en la boca y mientes,
esta se cierra.

La boca me muerde la mano.
El dolor me pinza
las cuencas de los ojos,
las rodillas me fallan
y nada me sostiene
más que mi instinto.
Siento el peso del mármol
estrujándome los nudillos,
pero este dolor
no me da derecho a rugir
sino a callar,
porque este dolor es mi culpa
y esta boca es la prueba
a la que yo elegí someterme
cuando dije
que ya no te quería.

Vivo en la melancolía:

huyo de los lugares que amo
porque muero por sentir las ganas
de regresar a ellos.

El país que vive en mí

Hay un país que vive en mí.

Es un oasis en medio del desierto,
es un niño jugando en la plaza,
es un mensaje de mi abuela.

El país que vive en mí
es todo aquello que me salva
del abismo.

Una raíz

De repente,
entre todos los escombros
asoma una flor,
que también es una risa,
que también es una mirada que brilla
al verme,
que también es un lugar
donde me siento bien,
donde me siento protegida.

De repente,
entre los escombros,
una raíz.

No conseguirás quebrarme

Baila,

aunque no suene ninguna canción
y el silencio pese más que los planes
que no salieron bien,

tú baila más allá de la música,
más allá del tiempo pasado
y de los arrepentimientos.

Baila contra la soledad
y el deseo sin cumplir.
Hay un río en tu piel
y tú eres el agua.

Baila contra tu jefe, contra tu familia,
contra tu ex, contra la sociedad;
baila tan libre como la imaginación,
tan despierta como la revolución.

Hay en ti una niña que se muere
por estar saltando en los charcos,
pero también una mujer que ansía
esquivarlos.

Baila con las dos,
porque ambas se construyen
con tu amor.

Baila,
porque hay una alegría en ti
que debe mantenerse viva;
porque es ahí donde está tu esencia,
es ahí donde está tu ser.

No temas hacerlo bajo la lluvia
ni quedarte atrapada en el ojo
del huracán,
pues tú eres una maga:

no hay hoguera
que consiga quemarte.

Y si te ponen contra las cuerdas,
si la vida te encierra en un cuarto
sin ventanas,
baila todavía más:

no hay más brillo
que el que emana del fuego
que te arde por dentro.

Baila para nadie,
para ti;
germinarán colores de tu oscuridad,
tu cuerpo será un jardín
lleno de olivos y jazmines.

Encuentra esa música que habita
más allá de las palabras

y luego dile al mundo, firme,
bella y plena:

nunca conseguirás
quebrarme.

Poema para curarse

Me doy otra oportunidad.

Me miro al espejo
y me perdono por haber creído
que el dolor
debía ser parte del amor.

Por haber aceptado
que tu silencio era mi culpa,

que tan solo yo
hacía las cosas mal.

Hoy me doy otra oportunidad
en nombre de todas las oportunidades
que he dado a los demás.

Me permito fracasar,
equivocarme,

incluso me permito caer,
porque ya sé lo que es salir
del fango,
ya sé lo que es viajar sin rumbo.

Deshago la maleta de suspiros,
desenredo la soga de las palabras que me dijiste,
desligo las cuerdas que me atan al suelo
que me marcaste,

y me permito, al fin, sentirme libre.

Me doy otra oportunidad
porque acepto haber estado en mi propio funeral,
acepto haber dejado de quererme,
y acepto, también,
que te quise,

que rompí con todo
por quererte.

Me doy otra oportunidad
y renuevo mis muebles,
compro velas con otros olores,
abro las ventanas,
recito poemas en alto
y decido, por fin,

curarme.

Conversación

—Oye, Roma,
¿por qué estás tan feliz?

—Porque ya sé
qué caminos
me llevan a mí.

Resiliencia

Renaciste

como el mar que aviva sus olas
cuando sopla el viento,

como la luz que, cada mañana,
aparece un poco más fuerte,
un poco más brillante.

Después de un invierno crudo,
de habitar la tierra agrietada
y fría,
resurgiste como un jazmín
y lo impregnaste todo con tu primavera.

Desde que dejaste atrás
aquello que te hacía daño,
suenas con la fuerza
de una guitarra eléctrica
en un concierto sinfónico.

Renaciste tan salvaje
como el río en las montañas:

cada vez que ríes,
inventas nuevos lenguajes
con los que llegar al mar.

Tu victoria fue que, un día cualquiera,
sin saber muy bien por qué,
te miraste al espejo
y te sentiste orgullosa
de cada fisura,
de cada cicatriz
con nombre y apellidos.

Y ahora sabes que ya eres invencible,
que tu alma es indomable
porque resurgiste desde un suelo
al que todos daban por muerto

y convertiste un cementerio un desierto,
en un palacio.

Tu paz de ahora
valió todas tus derrotas.

La Rosalía

Te dio igual perderme
porque nunca comprendiste
el valor que tiene un diamante.

Cómo te ibas a dar cuenta
de que eran mis manos
las que sostenían tu cuerpo
cuando te caías,
de que era mi voz
la que gritaba por la tuya
cuando te rompías.
Cómo te ibas a dar cuenta
de que lo tenías todo

si siempre has vivido en la nada,
si siempre has estado ciego.

Destrozaste este cuerpo
al que hiciste creer que tus dedos eran de miel,
que tus miradas eran de sed.

Engañaste a esta piel
y le encendiste un fuego

que no era de verdad.

Para qué quisiste enamorarme
si tú nunca creíste en mi amor.

Para qué quisiste mi tiempo
si nunca buscaste la luz, la belleza,
la pasión que me habita.

Había tanto invierno
en tu calor.

Te entregué mis heridas
para que supieras
dónde estaba mi dolor,
y has envenenado
mi raíz más profunda.

Ya no necesito otro beso,
hay un abismo infinito que nos separa:
soy la vida y tú eres la muerte.
Así de lejos quiero estar de ti.

Ya no necesito otro beso,
me saben a arena los labios
que han besado tu playa,
me saben a cenizas las manos
que han besado tus llamas.

Pero no importa,
no importa:

a pesar de las espinas

fui
soy
y seguiré siendo

La Rosalía.

Arrivederci

Pero yo sigo sin estar bien, Roma.
Yo sigo peleando con mis monstruos,
envuelto en mi febrero gris,
melancólico de la vida que no tuve.
Sigo sin resolver la herida familiar,
soy incapaz de llorar,
de soltar,
de vivir en plenitud.

¿Por qué no me esperas
un poco más?

¿Por qué me dejas?

Ser humano y mujer

Ser humano y mujer, ni más ni menos.

Ida Vitale,
Trema

Soy la parte de mí que más quiero.

Soy la luz que alumbra mi noche.

Soy mi refugio.

Soy arte:
busco la belleza que habita el espacio
y me reconforto en ella como una margarita
entre la hierba.

Soy mis caídas, mi desesperación,
mi pasado; soy el naufragio
de las cosas que no he podido ser.

Pero, más allá de la página ya escrita,

soy
un cuerpo que crece

con el ímpetu de los años,
aunque sin perder nunca la mirada,
esta mirada.

Soy verdad.
Soy variedad:

soy la contradicción de fondo
de una misma palabra
con distintos significados.

Soy el atardecer que alfombra
la infinidad del mar.

Soy amor,

pero uno nuevo,
tan nuevo que no existe,
y por eso se define a través de mí
como la sangre que, antes de llegar a su destino,
ya conoce perfectamente cuál es su camino.

Soy lo que no ves:
una mujer con precipicios en el pelo.

Mis deseos tienen el tamaño
de los planetas,
mi ser tiene la raíz
profunda del nacimiento.

Soy el viaje más bonito de mi vida.

Soy mi propia poesía.

Soy Roma: inmensa,
inmortal.

He llegado a esa edad
en la que tan solo me interesa el equilibrio.

Ya no busco el desenfreno,
la incertidumbre ni lo efímero.

El equilibrio es la única vía
de supervivencia.

Autoamor

Ir al cine sola.
Viajar sin compañía.
Ir de compras.
Estar sentada en un bar con un libro
y un vino.
Conducir sin rumbo y sin plan.
Pasear por la playa.

Amar mi soledad.

Un río fluyendo por su cauce

No te exijas tanto.

Deja que el río fluya
por su cauce,

que el otoño
se muestre impasible
frente al verano.

No desvíes el curso que, a veces,
marca la vida.

Nunca fue sano
pretender pisar la selva
sin zapatos.

No te pidas tanto;
no hay ningún problema
en no estar a la altura de las expectativas,
en no ser lo que se espera de ti.

No pelees contra todo:

la mejor victoria

es saber que hay batallas
que es mejor
dejar de lado.

No te exijas tanto,
porque acabarás rompiéndote,
y hoy en día
la pena es tan cara
como el amor.

No te exijas tanto
y apunta:

también quema
el fuego
cuando no es incendio.

Necesidad urgente:

estar descalza
sobre un césped mojado
por la lluvia.

Domar al lobo

Soy indestructible.

He dibujado alrededor de mi cuerpo
todos mis dolores,
les he prendido fuego
y me he dicho a mí misma:

estas son las cosas que no aceptaré
que me dañen nunca más.

Conozco
todas las lágrimas del mundo:
la alegría sinuosa, la pasión solitaria,
el desdén y el quebranto.

Las he llorado tanto
que ahora se han convertido
en una fortaleza
que protege mi cuerpo y mi nombre
de mujer.

Soy tan indestructible
como la memoria,
por eso no olvido

el día en que decidí
que nadie importaría más que yo.

He transitado el abismo
y sé lo que es ser ceniza:

nada arde mejor
que este abrazo inocente, infantil,
que antepuso
tu corazón al suyo.

Ya nada puede dañarme.

No hay tormenta más insondable que la mía,

soy una explosión nuclear
en medio del infierno que me hiciste
vivir.

He transitado por todos los sufrimientos,
todos los golpes, el fondo del pozo,
la casa en ruinas.

Con ello me he hecho un vestido
para salir a jugar

y he domado al lobo
de la única forma que se puede:

besándolo,

comiéndomelo.

El amor cómodo

No te acomodes sobre mi amor,
no pienses que mi casa es tu casa
solo porque estás viviendo en ella,
ni creas que mi cuerpo es tu lema
solo por sabértelo de memoria.
No esperes mi beso por costumbre
ni el «te quiero» como un hábito.
No te acomodes sobre mi amor
como quien recita un poema
sin haberlo entendido.
Soy como una montaña:
no te acostumbres al sol
porque es la lluvia,
es el viento,

lo que fortalece a la tierra.

Este querer es tan incómodo

como la verdad;

este querer es tan comprometido

como el arte.

Cuando veas las cenizas

asomando en la hoguera

reaviva la llama sin dudar,

porque es casi imposible

volver a hacer un árbol

con leña caída.

No te acomodes sobre mi amor

y apunta:

lo que te quiero hoy

no bastará, también, para mañana.

La ciudad reconstruida

Ahora que la ciudad está reconstruida,
que los muros están firmes
y los edificios nuevos son grandes
y, al mismo tiempo,
tan pequeños.
Ahora que las grietas se han tapado
con honestidad,
que suenan campanas de victoria
y hay poetas en las calles de mi vida,
y hay amigos que me llaman
para buscar juntos la felicidad.
Ahora que vuelvo a ser yo
pero distinta,
que tengo un escenario solo para mí,
donde puedo bailar aunque no sepa,
aunque me muera de vergüenza.
Ahora que ya no tengo miedo
al derrumbe, porque hice del polvo
mi compañero,
porque sentí escombros
en cada pedazo de mí
y mis huesos se han vuelto duros.

Ahora que reverdecen los parques
y hay conciertos de niños al atardecer.
Ahora puedo sentirme libre, sin culpa,
salvaguardar mi verdad
de cualquier monstruo,
y puedo ser, al fin,

la mujer
que siempre quise ser.

Las mujeres que siempre quise ser

La mujer que siempre quise ser
es capaz de llevar
sobre sus hombros
el peso de la soledad,

el peso de la libertad,

el peso de su propia felicidad.

La mujer que siempre quise ser
arropa a sus miedos
como si fueran hijos huérfanos,
herencias inevitables
que solo encuentran cura
en el calor.

La mujer,
esa mujer, doma el amor.

La mujer que siempre quise ser
se sostiene, enhiesta,
como el sauce que vegeta solitario
junto a la carretera,

con esa ambición
de ser tierra entre el cemento,
de florecer para crear
—no otros sauces,
sino su propia sombra—.

La mujer, esa mujer
serena en sus deseos,
viajera,
escritora costurera gendarme,

pienso en ella,
cada rato que puedo pienso en ella
para quererla,
para que no se sienta inservible,
para polinizar el sueño, mi sueño,

y expandirlo por el aire
y transformar en mí
a todas las mujeres
que nunca fueron
lo que quisieron ser.

La paz mental de sentir
que no le debo nada a nadie.
Ese es mi hogar.

Retrospectiva

Cuando mires hacia atrás
entenderás que, sin la tormenta,
jamás hubieras aprendido
a amar el agua.

Conversación

—Roma, ¿sigues sintiendo algo por mí?

—No.

Enamórate de una loca

Enamórate de una loca,
enamórate de una tipa a la que le dé igual
ocho que ochenta desastres,
enamórate de una loca que pierda los papeles
y los modales
y las faldas,
a la que no le importe ser el qué dirán
porque en ningún sitio se sienta tan cómoda
como en el ojo del huracán.

Enamórate de una loca de remate,
de alguien que ponga tu vida patas arriba
porque sabe que con el mundo al revés
se ve mucho mejor el cielo.

Enamórate de una mujer
que no contemple ni un día sin un gramo
de delirio,
que sepa vivir sin vergüenza, sin pudor;
que sea tan libre como una capital
con las puertas abiertas,
y que ría por el placer de reír,
y que cante sin saber cantar

y ame sin miedo a amar.

Enamórate de una Lorca,
una mujer que contagie
su pasión por las cosas,
que esté tan llena de poesía
como un atardecer,
que no tema habitar dos mundos
porque sabe que algunos ángeles
también fueron demonios.

Enamórate de una maga
que sea capaz de recorrer el mundo
desde la cama,
de una kamikaze con un corazón enorme,
que sepa amar en kilómetros, en toneladas
y en mega construcciones,

de alguien que crea en lo imposible,
que sepa que no hay mejor lugar
que una caricia donde
la noche es clara,
donde la luna maúlla
y los gatos alumbran.

Enamórate de una loca
antes de que sea demasiado tarde
y decida que llegó la hora

de curarse.

Reivindicación

Mi nombre escrito al revés
ya no es amor,

es salvaje.

Si te digo que me sorprendas,
lo que en realidad quiero decirte
es que compres vino,
te subas al coche,
conduzcas hasta mi casa
y que nadie vuelva a saber
nada de nosotros
durante tres días.

Benedetti

No te enamores de mí si tienes miedo.

No te enamores de mí
si no sientes el suave cosquilleo
del deseo a diario,

si no quieres descubrir en ti
aquello que te puede dar más vértigo.

No te enamores de mí
si no sientes la locura
de querer quemarlo todo,
de querer ponerle fin
a este mundo hijo de puta.

No me quieras
si no te gustan el vino a deshora
o los conciertos malos.

No me quieras si temes descubrir quién eres,
si no estás dispuesto
a que la poesía sea la única respuesta.

No te enamores de mí si te importa

perderlo todo,
si temes al peligro de que mi amor
sea tu mayor derrota
y, al mismo tiempo, tu mejor victoria.

Si nunca has estado en un jardín desconocido
debes saber que no se ve el veneno
en las flores.

Pero,

pero si aun así lo haces,

si decides que ansías el suave cosquilleo
del deseo,
que no te da miedo tu oscuridad
y quieres saltar en los conciertos malos,
que pondrás tus cuadernos para la poesía,
que no temes al veneno,
que quieres empaparte el alma con vinos
a deshora,
y que estás dispuesta a perderlo todo,

si aun así lo haces
y acabas queriéndome,

entregado hasta el cuello a este amor,

entonces seré yo
quien esté
muerta de miedo.

Definición

Eres un amor.

Pero no uno dulce y tierno,
más bien un amor bravo,
desbocado,

como una palabra escrita al revés
como una ciudad deshabitada

o un deseo que intimida.

Pupila azul

Poesía es mirarte.

Poesía es cuando dices mi nombre
y me basta para saber que existo.

Es desenredar la espera
y esperar el desenredo.

Poesía es saber
que cualquier sitio que tú habites
será mi vivienda.

Poesía es follarte.

Es rasgarse
pero también recomponerse.

Poesía es el acto revolucionario
de pagar el alquiler a medias.
Son tus dedos, que me cuidan.
Es el sonido que hace la puerta
al abrirse.

Poesía es tener treinta años

y sentir que tenemos veinte.

Es lo que quise ser
cuando era pequeña.
Es quien soy a esta edad.

Es aquella en quien me convertía
cuando me mirabas,
es lo que soy
ahora que ya no lo haces.

Poesía es recitarte.
Es domingo contigo y lunes sin ti.

Poesía son los poemas
que no me has escrito.
Es ese día en el que te escribiré
el último.

Poesía somos tú y yo,
libres, expuestos,
la pupila que se clava en la pupila azul
y el verso en el que nos convertiremos
cuando llegue nuestra hora.

Los erotismos

El erotismo
de cruzar una mirada entre la multitud.

El erotismo de atreverse, de hacerlo,
aunque te mueras de miedo.

El erotismo
de tener la misma canción favorita.

Una llama ardiendo en la ciudad

Si sintieras
la lava de un volcán corriendo por tus venas,
cientos de tambores latiendo,
salvajes, en el pecho,
un ejército de pájaros revoloteando
bajo tus párpados,
la lluvia cayendo sobre el campo.

Si supieras
las veces que me perdí,
el dolor constante de la rutina
que me aplasta,
el peso del rumor que hay
al otro lado del espejo.

Si supieras
cómo me quema el fuego
por debajo de la piel,
cómo se abre cada poro
suplicando deseo y placer.
Si supieras, tal vez si supieras
que no necesito de amantes,
sino de grandes amores.

Si entendieras
cuánto de mí he perdido en los demás,
lo difícil que ha sido mi camino,
cómo caí por no saber decir que no.

Si supieras
las veces que creí en la mentira
porque me daba miedo la verdad.

Si fueras Nerón
y vieras Roma ardiendo
cada vez que me miraras a los ojos.

Tal vez si supieras cómo se encoge el cuerpo
cuando hace frío,
cómo añora la noche al día,
cómo se siente el hijo abandonado.

Puede ser que solo así
entendieras cuánto me quiero.

Demasiado mía

He sido la pieza que no encaja en el puzle
por ser demasiado ruidosa,
demasiado independiente,
y demasiado mía.

Entregué mis sueños a un ideal
pensando que ahí estaba la salvación,

y amé sin esperar lealtad a cambio.

He sido la niña que se sienta
con las piernas cruzadas a la mesa,
sin levantar la voz,
sin elevar la mirada,
sin molestar.

Y me dijeron que la vida era así,
que ellos tenían razón
cuando decían que la culpa era mía
por no estar más atenta,
por no saber anticiparme a sus movimientos,
por equivocarme con frecuencia.

He sido invisible

para otros ojos que no fueran los tuyos,

la planta rara
que crece en un jardín que nadie riega.

He sido frágil cuando no pude más;
me rompí como se rompe una palabra
si nadie la escucha.

Y he sido vulnerable.

Y he sido la otra.

La última en marcharse
de la fiesta porque me dijiste
espera hasta el final
pero nunca viniste.

Pero un día descubrí que mi campo
estaba invadido por tus larvas blancas,
mis raíces estaban enfermas, apresadas, inservibles,
mi alma era pobre;
y miré al frente
y solo vi niebla en mi futuro;

hasta que entendí
que puedo ser hoguera si quiero,
que puedo ser guerra si lo deseo,
que no te debo nada más que un brindis
por la vida;
que puedo ser, al fin,
libre.

Libre para mí.
Libre por las mías.

Y ahora soy
la que se marcha del baile cuando quiere,
la que ama esperando la misma lealtad a cambio,
la que sueña que es visible
para los ojos que sepan mirar su jardín de plantas raras.
Soy fuerte como una palabra
imposible de sacar de tu cabeza.
Soy yo sin ser la otra,
vulnerable y frágil como el aire.
Mi belleza está en mis errores
y la culpa nunca es de quien baja los brazos
sino de quien golpea.
Soy la pieza que encaja
por ser demasiado melodiosa,
demasiado independiente
y demasiado mía.

Soy preciosa y precisa.
Quiero decir,
tengo la belleza exacta
de las palabras
de la lluvia
del deseo.

EN ESTE LIBRO,
MIGUEL GANE ACEPTA
SOLTAR A ROMA DE UNA VEZ
Y BUSCAR SU PRIMER RAYO DE LUZ.

Fin del cuento

Roma nunca ardió;
la quemé yo.

Roma

Roma no es levantar la cabeza
sino no agacharla nunca más.

Roma tiene la edad
de los siete lobeznos
a los que amamanta con las manos
de un turno de diez horas.

Roma es una adolescente
que se da el primer beso en el parque
y le gusta porque sabe a chicle de menta
y a Fondo Flamenco.

Roma es un cuerpo
que se tumba sobre otro cuerpo
buscando olvidar y, cuando se alza,
lo hace siendo otra.

Es un árbol que ha crecido tanto
que se ha convertido en un bosque.

Roma salvaje.

Cuando sale a las calles

cierran todos los bares
donde, alguna vez, dos personas
se besaron con devoción,

Roma maleducada.

A menudo regresa al fondo del pozo
—Roma es una niña—
donde ya no resuena el eco de su caída
sino una carcajada que viaja hasta la superficie
y, cuando vuelve,
Roma la atrapa y entiende
que precisamente eso significa ser libre:

decidir sobre la risa sobre la propia risa.

Roma a Madrid.

Ella elige cuando la bala es perdida
y también cuando el disparo
le pertenece.

Roma se ha puesto en pie
y a su alrededor tiritan diez ángeles.

Mientras soñaban con los dioses,
los hombres, sus romanos,
aprendieron a huir.

Conoce todas las salidas de emergencia
porque ella ha inventado
el túnel que va desde
la prisión a la terapia.

Mira, se ve Roma desde la cama
y todos los turistas han muerto,
y sus calles están bellamente vacías.

Roma eres tú.

Roma es mi madre.

La suerte está echada.
La apuesta ganadora es Roma,
pero ellos no lo saben.
Todavía.

Agradecimientos

A todos los lectores que llevan Roma en la piel.

A todas las lectoras que han encontrado un refugio en mis poemas, que ya son suyos.

A Mónica Adán, por haber remado juntos hasta los mejores puertos. Siempre habrá un verso tras un cuento y viceversa.

A Alba Cantalapiedra, que nunca falla.

A aquellas personas que han inspirado este libro sin saberlo.

A quienes hacen de este mundo un lugar mejor.

A Ana García, Miguel Gil Muga, Paco Gámez, Edu Torres, Saturna Barrios, Alejandro Vera, Elísabet Benavent, Víctor Barba, José Hernández, por su amor.

A Ana García.

A todos aquellos que todavía creen en la poesía. Más allá de los números, más allá las expectativas.

A mis amigos escritores, K.

A todas las lectoras de Latinoamérica.

A ti. Cree en ti. Eres luz y brillas, eres fuego y ardes.

—Roma, ¿no estás cansada
de ser eterna?
—Sí.



«Este es el libro de todas las personas que han caído y se han levantado; de aquellas que han conseguido bailar más allá del miedo; de las que, cuando todo estaba quemándose a su alrededor, encontraron un motivo para brillar más que el fuego.

Roma ardiendo y tú bailando es el hogar de la esperanza, de los lugares de la vida en los que, a pesar de la oscuridad, se consigue mirar hacia un horizonte, hacia el túnel de salida».

Miguel Gane sorprende con una poética inédita. En estas páginas, Roma se personifica, adquiere voz y se rebela ante la destrucción de su propio ser. Roma es metáfora de un mundo que agoniza y,

transformada en mujer, deja de ser musa para convertirse en artífice de su propio incendio, de su propia caída y reconstrucción. Como un ave fénix de cuyas alas surge la luz.

Miguel Gane (George Mihăiță Gane), nació el 20 de julio de 1993 en Leresti, Rumanía. Es uno de los poetas más reconocidos de su generación, autor de los exitosos poemarios Con tal de verte volar, Ahora que ya bailas, La piel en los labios, Ojos de sol y Puedes hacerme lo que quieras, así como de las novelas Cuando seas mayor y Alguien a quien querer, y de la fábula infantil Algo más que el bosque. Su obra cuenta con cientos de miles de lectores en España y Latinoamérica y ha sido traducida al rumano y al italiano.



Primera edición: abril de 2026

© 2026, Miguel Gane
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Idoia Vallverdú
Ilustración de portada: © Alba Cantalapiedra

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-03-52336-4

Compuesto en leerendigital.com

#versoycuento
Facebook: penguinebooks
X: @aguilarlibros
Instagram: @aguilarlibros_
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Roma ardiendo y tú bailando

Diablos azules

Fontana di Trevi

La promesa

Idús de marzo

Pobre Roma

Los amantes de Magritte

Todos te queremos

Una familia

Consolidar la piel

El penúltimo poema de amor del mundo

Limpieza

Negro negro negro

Silvestre

Nosotros

Una montaña en el pelo

Cuidarme

Espejo

Nadie como yo me merezco

Conversación
Si dejaste de quererme
Una niña
El día que comenzó la guerra
Hierba peinada por el viento
Cariátide
Recaída
Boca della verità
El país que vive en mí
Una raíz
No conseguirás quebrarme
Poema para curarse
Conversación
Resiliencia
La Rosalía
Arrivederci
Ser humano y mujer
Autoamor
Un río fluyendo por su cauce
Domar al lobo
El amor cómodo
La ciudad reconstruida
Las mujeres que siempre quise ser
Retrospectiva
Conversación
Enamórate de una loca
Reivindicación

Benedetti
Definición
Pupila azul
Los erotismos
Una llama ardiendo en la ciudad
Demasiado mía
Fin del cuento
Roma
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Miguel Gane
Créditos